

Los aforismos de Vargas Vila

103

Aproximaciones literarias

MARIO MADRID MALO

Abogado y profesor universitario.

Durante el bachillerato —de esto hace ya más de cincuenta años— estudié la historia de las letras nacionales con la ayuda de un libro sobre la materia, escrito por cierto religioso de la Compañía de Jesús, el padre José A. Núñez Segura S. J. La obra, titulada *Literatura colombiana*, traía como introducción los encomios de Rafael Maya, José Joaquín Ortega Torres y varios profesores del extranjero, además de la bendición del papa Pío XII, transmitida por el cardenal Angelo Dell'Acqua, sustituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad. Sus 375 páginas contenían semblanzas, fragmentos y análisis de los más representativos autores del arte de la expresión escrita o hablada de nuestro país, desde la época del descubrimiento de América hasta los tiempos de Luis Eduardo Nieto Arteta, Juan Lozano y Lozano y Eduardo Caballero Calderón. En la letra v de su índice alfabético figuraban los nombres de Valenzuela Eloy, Valencia Guillermo, Vargas Tejada Luis, Vergara y Vergara José María y Villegas Silvio, pero no el de un escritor nacido en Bogotá el 23 de junio de 1860 y fallecido en Barcelona el 22 de mayo de 1933. Un polígrafo que, cubierto por el desdén de muchos de quienes en su tierra de nacimiento pertenecían a “la crema de la intelectualidad”, llegó a conquistar en el extranjero un éxito editorial tan notable como el alcanzado en la segunda mitad del siglo xx por Gabriel García Márquez. El texto escolar del jesuita ignoraba por completo a José María Vargas Vila.

Pertenezco al grupo numeroso de los colombianos que llegaron a la edad adulta sin saber una palabra de Vargas Vila. La

omisión del padre Núñez Segura no era sino otro de los repudios que la Colombia conservadora, teñida primero de integrista y luego de fascista, manifestó hacia la vida y la obra de un hombre fuera de serie: de un artista que supo cultivar el arte de la desmesura con tanto primor como el italiano Gabriele D'Annunzio, emuló con el epigramista latino Marcial en la cristalización violenta de la diatriba, se acogió al individualismo casi misantrópico de los dramaturgos escandinavos Ibsen y Strindberg, deambuló por los caminos ácratas de Lao Tse, Zenón de Citio, Téofilo de Antioquía y Thomas Müntzer, se constituyó en heraldo del ateísmo, hizo llorar con novelas sentimentales a esas “muchachas de provincia”, cuya burlesca evocación fue tarea del Tuerto López, escribió novelas con carga erótica para un público de lectores a hurtadillas y —cosa menos sabida— ejerció los oficios de filósofo, sociólogo, historiador y periodista.

Descubrí a Vargas Vila entre los pocos libros que mi difunta abuela materna —en su juventud aspirante a maestra— conservaba en un baúl que la acompañó toda su vida. Allí encontré un ejemplar en buen estado de *Aura o las violetas*, la primera de las novelas del “Divino”. La historia de amor allí narrada poco me impresionó, y tuve por inaguantable su abundancia metafórica. En calidad literaria la encontré, apenas, algo superior a la *Manuela* de Eugenio Díaz y a la *Tránsito* de Luis Segundo de Silvestre, otros dos novelones decimonónicos sobre mujeres infelices (años después en 1974 se exhibió una adaptación cinematográfica de esa obra, dirigida por Gustavo Nieto

Roa, cuyos protagonistas fueron los actores Martha Stella Calle y César Bernal, un conocido mío cuyo rastro perdí desde hace tiempos. Debo confesar que la película me gustó más que el libro).

Mi segundo encuentro con Vargas Vila fue más afortunado. En 1995 leí su libro *Los césares de la decadencia*, editado por Planeta con un prólogo estupendo de la profesora Consuelo Triviño Anzola. Entonces comprendí por qué en la Colombia gobernada, dirigida y controlada aun en el ámbito educativo por Núñez, Caro y sus no menos ominosos sucesores —la Colombia del autoritarismo, la confesionalidad cerrada, la restricción de las libertades públicas y la falta de garantías para los oposición—, logró el odio oficial hacia el “maestro de la injuria” (el censor supremo que compuso aquellas imperdonables páginas) borrarlo, sin mucho esfuerzo, del registro histórico de los escritores nacionales, sumiéndolo en las sombras y el olvido.

Pero aún me quedaba otro “cara a cara” con el gran ignorado. Hace un año cayó en mis manos su *Diario Secreto* —su *Tagebuch*— que con selección, introducción y notas de la ya mencionada Consuelo Triviño publicó en 1989 El Áncora Editores. Leyendo esas páginas de Vargas Vila logré tener noticia exacta de la “soledad sonora” que siempre lo escoltó, de las obsesiones y los temores que asediaron su cotidianidad, de la fuente psicológica de sus afectos y desafectos, del horno emocional de sus complacencias y displicencias con respecto a otros autores, de la liza oscura donde se dieron sus luchas, victorias y derrotas, y del tamaño de su grande amor —sí, grande— por el hombre al cual solo se atrevió a presentar como hijo. Y la llegada de esa noticia fue, para decirlo con palabras de Shakespeare, *like a cyclone in my heart*: una conmoción por cuyo efecto pude entrar en la cercanía espiritual de un escritor que, tras-

pasado por el sufrimiento de la humanidad —el mismo que veneraba Raskólnikov al caer de rodillas ante Sonia—, siempre aspiró a morir de pie.

Ahora, gracias a Ómar Ardila, poeta, ensayista y analista cinematográfico, he tenido la oportunidad de aproximarme al aspecto para mí menos conocido del que no escribió para ser feliz ni para dejar memoria, sino para combatir. El libro *El gesto exterminador de un anarquista. Aforismos de Vargas Vila*, con estudio y compilación del laborioso autor huilense, recoge un conjunto de sentencias breves publicadas por su creador —que nunca se declaró aforista— en libros tan olvidados como *La voz de las horas*, *El ritmo de la vida*, *El huerto agnóstico* y *Del rosal pensante*. En esta compilación halla el lector una buena muestra de lo que Vargas Vila pensaba sobre la vida y la muerte, la poesía, la filosofía, la religión, el amor, la violencia, el despotismo, la libertad y otras realidades de la humana condición.

Estoy en desacuerdo con lo manifestado en muchos de esos aforismos, pero debo reconocer que todos fueron hermosamente contruidos y que en cada uno de ellos se refleja la radicalidad propia de quien escribe para batallar contra las amenazas cernidas sobre la autonomía, la inviolabilidad y la indisponibilidad de los miembros de la raza humana. El Vargas Vila sentencioso es algo así como un Diógenes que vocifera, de día y de noche, con un candil en la mano, en busca de la *eilikrínēia*, la integridad en el obrar. En él son más las cosas atractivas que las cosas repelentes. Por ello, sin duda, tienen un peligroso encanto las variaciones alrededor de todo compuestas por el pensador repleto de ira a quien Anatole France declaró digno de sentarse a la diestra de Victor Hugo: ese dandy de monóculo y bigotillo bien cuidado que nos mira con altivez desde una de las fotografías reproducidas en el interesante libro de Ómar Ardila. ■■